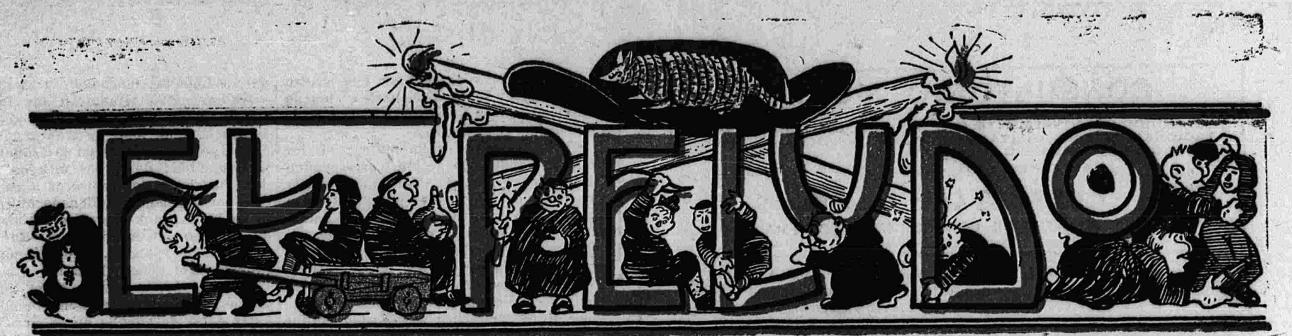


SEMANARIO SATIRICO ANTI-CLERICAL ILUSTRADO

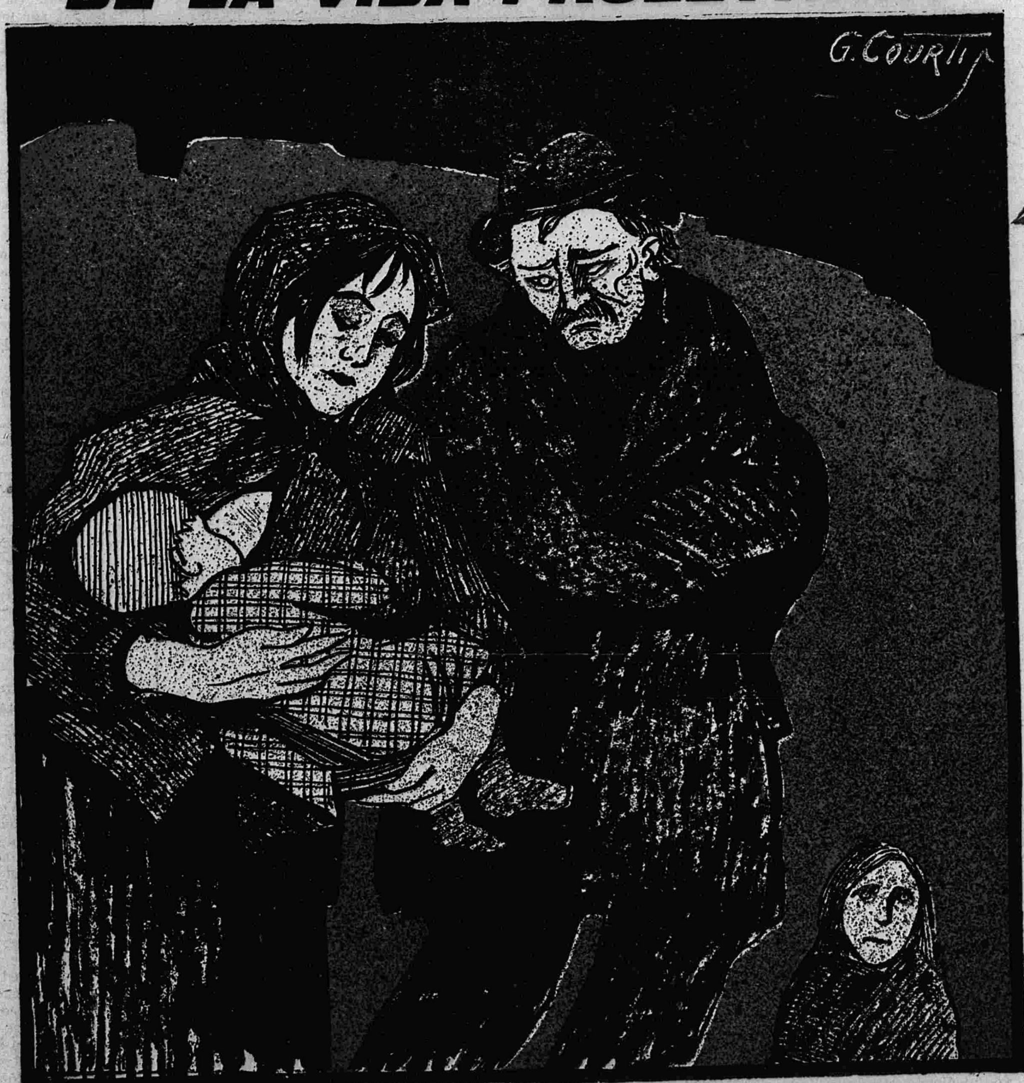
Año II | Buenos Aires, MAYO 27 de 1922 | Núm. 59

DIRECTOR
JULIO J. CENTENARI
—ATEO—

SALE DE LA CUEVA
Los dias Sábados - 10 cts.
Unión Telefónica 412, Mitre

REDACCION Y ADMINISTRACION
Calle DEAN FUNES 1692
Buenos Aires

DE LA VIDA PROLETARIA



A common sight the world over.

MISERIA = Misery!

The cry of the disinherited

SUBSCRIPCIONES:

TRIMESTRE . . . . $ 1.50
SEMESTRE . . . . $ 3.—
AÑO . . . . $ 6.—

LAS SUBSCRIPCIONES DEBEN ABONARSE POR ADELANTADO, EN GIROS, CARTAS CERTIFICADAS O PERSONALMENTE AL DIRECTOR JULIO J. CENTENARI, CALLE DEAN FUNES N.o 1692 BUENOS AIRES.

DIRECCION

A un obrero — Los versos, venta de medallitas y agua bendita, son muy viejos y conocidos, no hay fraile que no le cante con la guitarra.

A Sarita — Dice que su mamá le dijo que si leía EL PELUDO, quedaría excomulgada y marcharía al Infierno. No se aflija mi hija, todos los liberales que habemos en la tierra en el infierno ocupamos grandes puestos, y nuestra misión allá no es más que quemar frailes, patrioteros, políticos farsantes, militares, monjas, sacristanes, burgueses y también falsos compañeros, y paqueteros estafadores. Si tiene miedo, la haría acompañar con un ayudante mío recomendándola a Satanas. El infierno es el paraíso de la gente decente.

Compañero Corbeira: Siga ensayando, los versos que me mandó son malos le falta arrimar. Escriba varios, voy a ver si puedo publicar alguno.

DONACION

Rafael Solis, dona 0.50 cts. para que EL PELUDO le corte las uñas a los frailes ladrones y cuenteros.

Carlos Dapiaggi $ 0.80 para matar un fraile, hacer un jamón de una nalga y hacérsela comer al puerco Peludo Irigoyen.

Donación del amigo y camarada Francisco Pestaña $ 1, a EL PELUDO para que saque los trapos sucios a los 4 vientos al clero corrompido.

De nuestro amigo y compañero Chispaso de Tostado, $ 5; agradecido, camarada.

Por intermedio de nuestro agente Vicente Coletto, recibimos $ 0.50, de Valerio Ernesto.

SUSCRIPCION PRO-"EL PELUDO"

Varios simpatizantes de la obra emprendida por el camarada Centenari, en EL PELUDO, envíanle esta pequeña suscripción para que siga levantando las sotanas a los cucarachas y bajándoles los calzo... a las niñas monjas. No olvide del "Gran Peludo mayor".

¡Salud!

Vicente Plá $ 0.50; Hilario Figueroa 0.50; Cipriano Enrrique 0,20; Santiago Diaccio 0.20; Ana M. Ruffino 0.30; Ramón Chacón 0.30; José M. Fernández 0.50; Sgo. Barrua 0.20; G. M. González 0.20; Cayetano Balbi 0.20; Evaristo Esquimel 0.20; Correntino Libertario 0.30; L. Martínez 0.60; Laureano Saldivia 0.50; Catalino Gamez 0.40; Jacinto N. Farias 0.50; Juan Gervacio Briera 0.40. Total pesos 6.00.

Trono Infernal, Enésima Epoca de Luzbel 1007.

Querido y apreciado J. J. Centenari,

Uno de mis múltiples ayudantes de campo que acaba de llegar de la República Argentina de una gira de propaganda en beneficio de EL PELUDO, acaba de contarme que al compañero Luis Canneggia establecido en Río Cuarto (Pcia. Córdoba), en la noche del día 30 de abril le robaron 10 pesos que tenía para comprar pasto al Peludo y dos sacos, y pantalón y hasta un par de calzoncillos, cosa que el pobre el día 1.o de Mayo por suerte no ha tenido que salir a la calle en camisa. No es la importancia del robo por lo que le menciono lo que antecede, sino para decirle que en Río Cuarto abundan los sotanudos y los inconscientes que se enferman, por lo que no les importa.

En el próximo número te daré los nombres de los rateros a no ser que devuelvan lo robado.

Tu amigo el Emperador de los Infiernos

VIDA

Gabriel Della Nina $ 15.90. — Julián Astorga, recibí $ 5.35 argentinos. — Wenceslao Marco, recibí giro por $ 24, paga los Nos. 51, 52, 53 y 54.

Antonio Nonell, $ 1.50. V. Coletto, recibí giro $ 15.

Un Ministro Radical..... Cualquier cosa

Los basureros radicales llegan a colmar la desvergüenza de sus actos.

Un señor Ministro, acaba de implantar en su repartición, un nuevo método: "la alcahuetería pública barata".

En ninguna nación del mundo ocurre lo que en este triste y desgraciado país, desde que nos gobierna un sujeto que nadie sabe si es sabio, mudo o loco.

La farándula ministerial compuesta de inútiles desvergonzados, en su mayoría reconocidos zanahorias, sin dignidad personal ni amor propio, les dá un pito que el pueblo les griten "sinvergüenzas" o sus contrarios políticos les digan: "Señores, ustedes son unos ladrones...".

El de los cañones y metrallas ha dispuesto dar a publicidad el nombre de las personas que se presenten a los jueces solicitando excepción al servicio militar y la causa alegada para obtenerla.

Admite, desde luego, iniciar una especie de acción pública vecinal de "alcahueterías" y "chismes" en caso que el solicitante de la excepción invocara para salvarse, un dato falso.

Una comisión de militares serán los encargados de hacer público en los pequeños pueblos de campaña, donde todos se conocen y donde resulta fácil saber el grado de veracidad que invocan los ciudadanos, por medio de carteles y de los diarios vecinales, que siempre están a las órdenes de quien compran sus plumas, para que los vecinos manden anónimos al Señor Ministro de la Guerra.

¡Qué puerco!

Desde luego, la medida adoptada, es de la peor ruindad que imaginarse pueda, pero la "Creme Radical" (tapémosnos las narices que hasta aquí llega el olor a...), están acostumbrados a servirse de las rastrerías rufianescas ya sea por batimentos al prójimo o para ganar elecciones, con individuos de la peor ralea del bajo fondo social.

Valerse del anónimo y de la chismografía para obtener delaciones rastreras, demuestran la característica y triste figura y lo mucho que puede valer el Sr. Ministro de Guerra.

Un Moreno que nunca ha conocido la vergüenza pero que va a la Iglesia a confesarse todos los domingos.

J. J. Centenari.

Acción, reacción y revolución

Siempre que por medio de la opresión se pretenda detener el progreso de los pueblos o la emancipación de una clase, se provoca una revolución cuyo impulso está en razón directa del impulso de la reacción que la provoca.

Hay en la historia de los pueblos, dos períodos culminantes durante los cuales pueden los hombres más cultos inclinar a la sociedad hacia la barbarie, retrocediendo y pudriendo la civilización; o hacia el progreso, avanzando y saneando las costumbres. La suerte de la humanidad depende, en los críticos momentos que señalamos, del valor personal y firmeza de carácter que posean los elementos revolucionarios, mucho más que de su potencia cerebral y de su acción doctrinaria.

Estos períodos culminantes, en los que prepondera la acción, corresponden al comienzo de toda civilización, y a la plenitud de la misma, y van siempre precedidos de otros períodos que llamaremos preparativos, porque en ellos es cuando los hombres adquieren la conciencia de su estado por la divulgación y entrechoque de las doctrinas. Son los períodos teóricos que llamamos así porque alcanza en ellos su máxima actividad la acción cerebral. Son a modo de antorchas que iluminan el sendero que han de seguir los pueblos.

Un hombre poco estudiado en este desdichado país de analfabetos con ribetes de filósofos — Pompeyo Gener — dice: "Los comienzos de toda civilización siempre son bárbaros, como las postrimerías son siempre corrompidas; como en el arte, se debuta por el tanteo o el boceto, predominando la ingenuidad, y se concluye por la miniatura degenerando en habilidad artificiosa.

Toda organización social, como todo organismo natural, al llegar a la plenitud tiende al desdoble; y al desdoblarse, la una mitad evoluciona en sentido progresivo, mientras que la otra retrocede hasta anularse, etc. etc.

Pues bien, ahora nos encontramos precisamente en el período de plenitud de la civilización capitalista claramente distinguido por el reinado del imperialismo; del imperio poderoso de las grandes empresas capitalistas; del gobierno de los pueblos por los grandes "trusts". Y el desdoble a que tiende la organización social burguesa, precipitado por los acontecimientos catastróficos provocados por la guerra mundial desde 1914, provoca el estado latentemente revolucionario en que se halla el mundo en estos instantes.

Nos hallamos, por tanto, colocados en uno de los dos períodos históricos en que los hombres, para salvar la civilización, para superarla, necesitan valerse del valor personal, del carácter y del heroismo con prioridad a la acción teórica de divulgación doctrinal.

Cuenta la historia que durante el reinado de Nerón, la población de Roma, envilecida por la servidumbre, perdida la dignidad y sin restos de las virtudes cívicas de otros tiempos, se dejaba diezmar por el tirano lo mismo que por una epidemia.

La obediencia a los castigos era tan completa que le permitía al César disponer de las vidas con una arbitrariedad semejante a la del Hado. Apenas podía considerarse seguro el que no poseía cosa alguna que pudiera excitar la envidia del Emperador o la de sus corifeos. Y en medio de esto ni siquiera hubo quien matara al déspota para libertar a la oprimida patria. Muchos eran los sentenciados a muerte; casi todos sabían su sentencia antes de ser presos y ninguno se atrevía a morir luchando por la dignidad perdida. Un día, unos cuantos patricios, a quienes quedaba un resto de la antigua fiereza romana, se conjuraron para librar a la capital del mundo de su tirano, pero descubierta la conspiración por un liberto, ni siquiera tuvieron valor para morir con dignidad. Para librarse de la muerte, los unos se acusaban a los otros y hasta hubo uno — Lucano — ¡que llegó a denunciar a su propia madre!

Es por esto que la civilización retrocedió preparando el terreno maravillosamente para que arraigara el cristianismo, tan inferior en todo a los tiempos gloriosos de la República romana.

Pero si en vez de acojerse entonces a la filosofía estóica por la que el pueblo prefería el suicidio a la rebelión; si los estóicos, hombres de carácter y costumbres honradas y de sentimientos puros — Séneca, Demetrio, Casio Julio, etc. — hubieran predicado la insurrección y la guerra contra la tiranía para hundir el puñal en el corazón del tirano, la civilización se hubiera salvado en aquel momento de desdoble, porque se hubiera consumado la revolución salvadora. Mas triunfaron las fuerzas retardatarias, las que retroceden hasta anularse, y de aquí la gran laguna, el gran vacío que existe en la Historia de la humanidad desde los últimos siglos de Roma hasta los postreros años de la edad media. Laguna rellenada únicamente de los infectos microbios sociales producidos por el cristianismo. En total, unos cuantos siglos perdidos para el progreso del género humano.

Pues la época actual, tiene muchas y muy particulares circunstancias análogas a las de aquella época decadente, distinguidos, claro está, por la distancia que las separa; como es parecida a todas las épocas de transición histórica. La decadencia se ha iniciado en Europa después de la plenitud capitalista, y el período del desdoble, el período revolucionario se desarrolla claramente ante nuestros ojos. Los proletarios que forman la mitad progresiva de las fuerzas en lucha tienen que salvar a la civilización por medio de la fuerza, hundiendo a la tiranía con heroismo. Si así no se obra, si se entretiene como a los estóicos romanos en combatir con sarcasmos y sátiras, en emplear literatura y doctrina pura como armas de combate, la otra mitad retardataria, la burguesía, triunfará, anulando las virtudes alcanzadas por los pueblos y hundiendo con sus vicios y sus podridas costumbres a la humanidad en un nuevo estado decadente como el del Estado romano en sus últimos tiempos; o en un abismo insondable como el de los primeros siglos del cristianismo.

Estamos en la miniatura degenerada del arte burgués y necesitamos comenzar el tanteo o boceto de una nueva civilización aunque en ella impere la ingenuidad y sus comienzos sean bárbaros como los de toda organización social. Del corazón de los trabajadores y muy particularmente del valor del proletariado depende la suerte del mundo en el porvenir.

Yo pongo el espejo de Roma para que se miren aquellos compañeros que en estos momentos pretenden resucitar el estoicismo como la filosofía de estos tiempos.

Ni santos, ni sabios, ni doctrinarios; los que ahora nos hacen más falta son los héroes: Espartaco y nó Séneca; Lucifer que supo rebelarse y luchar hasta con Dios y nó Jesucristo que puso la otra mejilla cuando lo abofetearon y además se dejó crujificar sin protestar; los bárbaros que invaden pletóricos de vida y energías y no los enclenques y viciosos degenerados cortesanos y plebeyos de la decadencia.

Mas, de los bárbaros y de los comienzos de una civilización, merece que nos ocupemos otro día para no hacer esto demasiado extenso.

J. J. C. Doctor Sindicalista

¿FENOMENO ACUSTICO? NO. ¿MACANAS RELIGIOSAS? SI.

En el número 16209 del "Diario Español" del sabado 15 de Abril del corriente año, órgano, dicho diario, de la respetabilísima colectividad española en Buenos Aires, apareció un artículo de redacción con el título "Un fenómeno acústico". Decía que cababan de leer en los diarios madrileños una sensacional noticia que, había convulsionado a todas las localidades próximas a "San Asensio", España.

He aquí lo que dice:

¿Milagro o fenómeno?

"En el pueblo de San Asensio, provincia de Logroño, partido judicial de Haro y distante aproximadamente unos 14 kilómetros de esta última ciudad, viene ocurriendo, de unos meses a esta parte, un suceso raro que se produce en el domicilio de los esposos Escolástico Sánchez y Timotea Rojas.

"El referido matrimonio, gente pobre, labriega, posee un cuadro vulgarísimo, que representa a San Antón con una porción de animales. Dicho cuadro, que es, sencillamente, una estampa provista de un cuadro de nogal, tiene la virtud

desde hace algún tiempo, de hacer oir vibraciones semejantes a un campanilleo que se convierten en sonidos armoniosos. Estos sonidos se perciben claramente en el mismo cuadro y en intervalo de horas y minutos. Se han verificado varias pruebas de averiguar para especificar las causas de ese fenómeno, y nada se ha podido lograr. El cuadro ha sido desprovisto del marco, se ha cambiado de lugar y el cuadro ha dado las mismas campanadas hasta en las manos de los visitantes. Las impresiones son de que se trata de un fenómeno acústico; pero que son muchos los que lo atribuyen a manifestaciones divinas. A la estancia donde se encuentra el famoso cuadro se le ha dado un tono de severa religiosidad, donde los visitantes entran y permanecen con el respeto que merece un lugar sagrado. El cuadro según manifestaciones de la dueña, le tocó en una rifa hace treinta y seis años, y viene observando dichos sonidos hace próximamente siete meses, a raiz del fallecimiento de una hija suya de diez y ocho años de edad. Centenares de personas de los pueblos comarcanos, incluso de Haro y Logroño, acuden diariamente en coches y automóviles al citado pueblo a oir los sonidos que da el santo, dándose el caso que nadie ve defraudados sus deseos y que, muy extrañados, se dedican después al comentario. Como detalle curioso diremos que la dueña del cuadro se niega a recibir gratificaciones".

Pues bien, cualquiera cree que vivimos en el siglo XX y que esto que acabamos de leer, pueda tener un valor efectivo y real en los tiempos que atravesamos, que son de completa bancarrota para las ideas demasiado arcaicas y envejecidas de la Religión.



Un borracho que se burla de un ahogado. ¡Qué mal hace el agua! - exclama, con voz aguardentosa.

Estos milagros divinos que nos quieren hacer tragar a fuerza de fantásticas invenciones, que solo pueden encontrar albergue en la imaginación de un cerebro enfermo y fanatizado por el estrecho dogmatismo, cerrado a todos los razonamientos científicos y naturales que hoy nos arroja, la continua y tesonera labor que vienen realizando desde Copérnico hasta nuestros días, una pléyade de grandes pensadores que han lanzado sobre las tenebrosas y negras sombras de la religión, la luz potente e irradiadora de la verdad científica que, día a día afirma con nuevos y poderosos estudios que, la existencia de una divinidad o de cualquiera otra concepción que partiera del inmenso laberinto de grandes contradicciones y absurdas leyendas, que forman el conjunto informe, y fantasmagórico de la pretendida ciencia teológica, es obra solamente de la imaginación enferma de la mente humana.

Pasaron ya a la historia los tiempos en que la mayoría de los pueblos, creían en las "santas y milagrosas "divinidades", que decían emanaban por la voluntad del todopoderoso; y hoy es sumamente ridículo afirmar un milagro de esa especie, y quedarse no obstante, tan fresco como si se tratara de la cosa más natural del mundo.

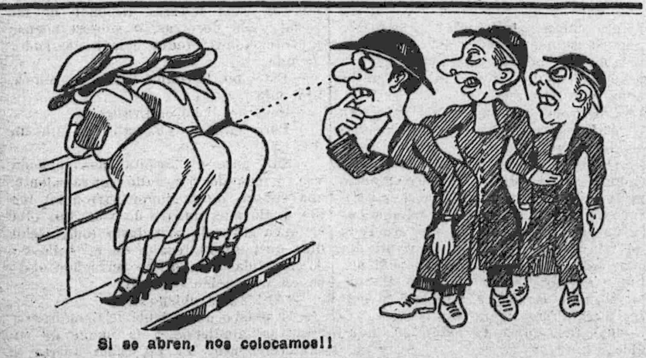
¿A quién se le ocurre que un simple cuadro de cartón, con marcos de madera, representando a "San Antón" con sus "ovejas", tenga la virtud de dejar oir "vibraciones semejantes a un campanilleo armonioso"? Esto es ya caer en el más grande de los ridículos, cuando se pretende afirmar un absurdo de esa naturaleza, pues, creo que esto no pasará desapercibido al más estrecho criterio, que se trata del más grande de los absurdos, porque es inconcebible que tamaña fantasía pueda ser tomada en serio, cuando la misma razón natural, nos docta que es completamente imposible y sumamente fantástico ese pretendido milagro, y que por una coincidente milagrosidad, fuera a descubrirse ese fenómeno "divino", en la semana santa, después de siete meses que viene produciéndose el "divino" acontecimiento.

Los Teólogos continúan aún con su estúpida pretensión, y los "padres de la Iglesia, los tonsurados y castos curas, no obstante su público descrédito de las invenciones milagrosas, se esfuerzan inútilmente en querer hacernos creer en las estupideces religiosas; más ellos, no quieren convencerse, que el pueblo no es ya esa inmensa falanje de esclavos oscuros, que viven aún el sueño de la ignorancia y de la ceguera intelectual, sino, que, al contrario, despierta ante la verdad, que se le presenta en su desnudez completa y pura, demoliendo por sus bases todos los arcaicos dogmas que luchan por mantenerse en pie, ayudados por la violencia de la ley convertida en fuerza por los sayones y lacayos de estos nuevos tiempos, en que los poderes constituídos zahiriendo los más humanos principios de justicia y atentando contra los más grandes anhelos de libertad, mantienen al mundo en un estado de perpetua inquisición social.

El reinado de la teocracia tocó ya a su fin. La Religión, el capital y el estado, que constituyen la bárbara y secular trilogía, que esclaviza a la humanidad, cederá al fin, ante los certeros golpes de la verdad, ante la tesonera y constante actividad creadora del trabajo y frente a la más grande anunciación humana de la libertad integral, que lleva a los pueblos por la vía del progreso a constituir la nueva y libre sociedad de los seres libres, no sin antes haber dado el último golpe a esta sociedad que ya agoniza y cruje por su propia base, por la demoledora acción revolucionaria.

Y el poder religioso, caerá también junto a los otros poderes que son cangrena de la humanidad.

Juris.



Si se abren, nos colocamos!!

Por qué se junta tanta mugre en los alrededores y galerías de la Casa Rosada

Una ciudadana liberal conocida y respetable, que por haber quedado viuda y en precaria situación económica no podía costear la carrera de su único hijo, joven de 20 años, estudiante de la Facultad de Medicina, oyó hablar de las magnanimidades del señor Irigoyen y soñó con un empleo bien remunerado para el futuro facultativo que tan penosamente afrontaba la lucha por su porvenir. Recordó que uno de los personajes más allegados al presidente había recibido en su juventud grandes favores de su extinto padre, que aún le era deudor de unos 20.000 pesos y ¿quién mejor que él, entonces, para obtener de aquel, uno de los doce mil nombramientos que en vísperas comiciales esgrimía como argumento supremo para decidir el voto del electorado? A él recurrió, pues, y le expuso su anhelo, invocando para ello las mil protestas de gratitud que el político habíale hecho más de una vez al evocar el recuerdo de su noble progenitor.

—Ni dudarlo, señora, respondió el deudor. Yo hablaré hoy mismo con el "Dotor" y no pasará esta semana sin que su joven hijo esté perfectamente colocado. Venga a verme dentro de ocho días.

La dama volvió llena de esperanzas el día de la cita, pero hubo de resignarse a una nueva espera, pues el "Dotor", perfectamente de acuerdo en extender el nombramiento, le había pedido una pequeña tregua.

Muchas otras veces volvió la abnegada señora a casa del político con idénticos resultados, hasta que un día éste le dijo:

—Vea, señora: el secreto para que usted consiga enternecer el corazón del señor presidente, consiste en que vaya una, dos, cincuenta o cien veces si es necesario, y se instale en la vereda opuesta de su casa de la calle Brasil. Una vez allí, del salón de lustrar botines de Scarlatto mire fijamente a los cristales del piso superior, y cuando descubra la silueta del "Dotor" porque de cuando en cuando levanta el visillo de fierro y mira hacia la calle, entonces usted, póngase ambas manos sobre el corazón y salúdelo conmovida. Entonces él la hará llamar, usted le dirá que es mi recomendada y en el acto le dará el nombramiento. Y si usted no consigue verlo desde ese sitio, cuando salga en su automóvil para la Casa de Gobierno, instálese en el Paseo Colón, frente a su despacho, observando las mismas precauciones que le aconsejo.

Seis meses consecutivos, día a día, llueva o queme el sol, anduvo esa pobre madre en tan extraña peregrinación, sin lograr su objeto. Algunas veces, al sentirse desfallecer de cansancio y debilidad, o cuando un severo guardián policiaco, observando su insistencia en mirar el balcón presidencial la obligaba con malos modos a seguir su camino, solicitaba se le permitiera una silla en las tiendas y almacenes vecinos, a cuya demanda los dueños contestaban con negativas rotundas, alegando en su descargo que habían sido notificados de severos castigos si tal acto humanitario realizaban.

La amenaza de dispersión del viernes último mediante el chorro de los bomberos de guardia en la Casa Rosada, parece que arrancó, por fin, la venda que cubría los ojos de aquella anhelante mujer, al igual que a las cuatrocientas o quinientas señoras y niñas que en el mismo grupo observaban la consabida táctica al parecer generalizada en la propaganda política. Presa de súbita indignación, fuese a ver al personaje que con tanta habilidad habíala encaminado al ridículo, y después de exponerle el proceso de su vía crucis por la calle Brasil y el Paseo Colón, recibió este consejo final:

—El señor presidente ha cambiado de sistema. Tráigame usted el carnet que acredite que su hijo se ha enrolado en un comité radical y que haya hecho algo por la causa, esto es: descerrajar tiros de revólver etcétera, y yo le garanto el empleo.

La dama, sin pronunciar palabra, pero lanzando sobre aquel un gesto de desprecio, puso punto final a la conferencia y a las gestiones iniciadas por el rufián del canalla. El personaje en cuestión es nada menos un famoso candidato triunfante, que en la Provincia de Córdoba, cuando era joven, era propietario de un prostíbulo.

Julio J. Centenari.

En el Hipódromo

En el vasto local — garito legalizado — corre un rumor de fiesta. Podría suponerse una numerosa feria madrileña de objetivo inverso...

El "paddock" aristocrático viste de galas de dorado brillo. Vénse en él muchos Petronios desabridos. Innúmeras matronas, frescas y carnosas, repletas de virtudes caseras. Delicadas muñecas de carne, que se achican, se inflan o se elevan según sea la presión del hidrógeno de su poder. Bituminosos cilindros cabalgando en cabezas llenas de viruta. Levitas ceñidas asegurando el avance rebelde de un abdómen grasiento. Marcados rastacueros endomingados, clientes diarios del Bric a Brac o de un caritativo Banco de Créditos por mensualidades.

En las tribunas plebeyas una legión de

millonarios del sudor. Barra repleta de jugadores al pálpito o la redoblona. Cofrades Mendicantes del Pan Nuestro, que solo saben de la Eterna Miseria y de la Eterna Necesidad. Empleados de cobro anticipado o por cuotas semanales.

En la pista, cinco inteligentes equinos, sumisos y obedientes, dispuestos al matadero, paseando la vanidad de una educación superhumana.

En la pizarra los votos con que el público compra en ellos sus harapos o sus oropeles...

Y en la alta casilla tres hombres graves simbolizando la justicia!...

La Ansiedad, terrible bruja inquisidora de almas, va golpeando con su maza de acero, el espíritu de todos los espectadores. Aquí un golpe. Allá dos. Acullá cuatro. A unos les pone en el rostro síntomas de apoplegía. A otros, livideces de inquietud. Nadie le resiste. En la boca, en los ojos, en las manos y en los piés, va dejando una esperanza o una desilusión, un rayo de alegría o de tristeza, una convulsión de ira o de calma, un pataleo de impaciencia o de incitación. Por eso en corrillos, en grupos, arriba, abajo, en las tribunas, en las galerías y en la pista, susurra un flujo y reflujo de acaloramiento ascendente como una ola que, leve primero, ondulante después, alta y espumosa más tarde, va a estrellarse mansamente contra la arena de la playa...

Se comentan, pesan y miden las probabilidades, en la báscula de la simpatía. La estética anatómica del noble bruto y la fama quimérica del jockey que le guía, entran en mucho en el enlace de los cálculos combinados. Todo, menos la entente secreta de cuidadores, corredores y patrones, cuyos invulnerables intereses priman en el fiel de la balanza...

¡Ah! jugadores inexpertos e ineptos! Mientras no veáis que lo legal del juego es lo "ilegal" no pasaréis nunca del estado de gelatina de cultivo en que os convierte la química usuraria de los atiborradores del sudor ageno! ¡Bien haya vuestra desventura! ¡De vosotros será el reino de la tierra!...

Llega el momento de la largada. El "starter" da la señal. Parten los caballos en un trote de iniciación... Uno de ellos toma la delantera. Los restantes le siguen el rastro. Uno que otro se le aparea. El látigo, la voz y los talones del guiador, comienzan, poco a poco, a entrar en funciones. Y las bestias castigadas en los flancos, gachas las orejas, fulgurantes los ojos, recto el pescuezo, se alargan y un manoteo confuso golpea la húmeda arena en una visión estrepitosa de suplicio oriental.

La Ansiedad multiplica sus azotes en el ánimo de los espectadores. No faltan espíritus maleables que hipnotizados por la batalla equina, imitan con sus gestos los movimientos desesperados de los animales que luchan. Así creen confortarles. El caballo y el jockey nunca corren solos. Cuentan con el apoyo mercenario del público, que con sus aullidos y su mímica les brinda una ayuda relativamente eficaz.

En cierto momento los comentarios llegan al máximo de intensidad. ¿Ganará éste? ¿Aquél? ¿El de más allá? ¡Hop! ¡Hop!...

Caballos, jockeys y público, multiplican sus esfuerzos.

En las tribunas, adquieren las vértebras cervicales proporciones de goma elástica. Los catalejos apuntan. Algunos jugadores, los más fanáticos, emplean como táctica reservada, epítetos mordaces. El insulto al pasar por el cedazo de la ira, resulta, aún, más procaz. Al oirlo retumbar como cañonazo, las damas del "paddock" no se ruborizan. (Por lo menos al parecer. El afeite de su rostro es un excelente protector).

La carrera termina. Si no la hubiese visto me la daría a conocer la jauría infernal de gritos desatados en un tropel confuso, donde bullen por igual: el rencor de la pérdida y la alegría de la victoria. Y como corolario lógico, una manifestación de simpatía al bruto triunfante (Bueno es hacer constar de paso que este no era el favorito, sino el último en la encuesta sportiva). A hecho ta.. los iniciados en los sagrados misterios "del mejoramiento de la raza caballar", llamándole en su jerga: "Batacazo". Los profesionales: "Tongo"...



Y al salir, de pie en el ancho portal del Templo del Desquicio, asisto entre irónico y sarcástico, al lento desfile de la concurrencia que sale...

Miserias y riquezas pasan ante mí susurrando la salmodia de sus perversos deseos... Pasan...

En el ruido suave de las sedas cree escuchar un nocturnal de Chopin. En el silencio de angustia del algodón surge ante mis ojos una página macabra de Maeterlinck. O una realidad pestilente de Gorki.

Y mientras la romería heterogénea desfila, pienso en aquel vasto mercado de apetitos y ambiciones. En confesiones vergonzosas de la propia necesidad. En la derrota que sepulta esperanzas y en la victoria que presenta panoramas de otra vida. Y en el poder sugestionante del fanatismo hecho carne... Luego, en consecuencia, de conciencias negras que a pesar del sol de esa bella tarde de Septiembre, me figuro verme ahorcado junto a ellos en el antro calamitoso donde se anidan voraces en su desenfreno, los chimangos famélicos de la rapacidad legalizada!....

¡¡Sport!!

L. S. M. D.

SINDICATO DE LOS TRABAJADORES DEL F. C. C. A.

Un nuevo enemigo de "El Peludo"

Camarada Director de EL PELUDO:

Pido camarada un lugar en nuestro Semanario revolucionario EL PELUDO para aclarar una verdad amarga y en bien de los compañeros y lectores.

EL PELUDO está obligado a luchar heroicamente con la canalla del correo, frailes, etc. Hoy tendrá que luchar con otro elemento, un nuevo enemigo, el peor, el explotado por la burguesía "el canillita" que hay entre ellos tipos que merecerían fusilarlos de inmediato.

Hoy en el tren que de Cañada de Gómez va a Armstrong un canillita vendía EL PELUDO a 0.20 cts.

Cumpliendo con mi deber en defensa del sublime ideal, le dije al muy puerco y cochino explotado, sino tenía vergüenza explotar la propaganda anárquica.

El explotado se internó en el coche y no salió más

Cañada de Gómez.

D. Ainstein.

NOTA DEL DIRECTOR — Agradecido compañero Ainstein, por su valiente actitud. Vd. ha demostrado ante los luchadores, que es todo un hombre.

EL PELUDO se vende en todo el territorio de la República Argentina, a 0.10 centavos; el que cobra más de este precio, es un ladrón.

J. J. Centenari

DESPEJADO PENSADOR

Mi mente enchida de bizarría
Vaga entre brisas y olas del río
Ondeando mi frente cual armonía,
Deslizante en un ideal de bríos.

Yo en mis labios, muestro sonrisas
Para los niños, para la infancia,
En dulces y hermosas brisas,
Como mi idea de nítida fragancia.

Yo odio a los hombres parasitarios
Por ser ellos los corruptores,
Los que marcan al obrero el calvario,
Y dan a su vida eternos dolores.

Entre hálitos de alegrías,
Sonriente se verá surgir,
La noble trasluciente idea mía,
Dejando nuestras frentes erguir.

Los corazones y los cerebros yermos
Con ansia retornarán a latir,
Estrechándonos en fraternal abrazo,
Haciendo el ritmo de la noche redimir...

Yo soy, hermano del orbe libertino,
El hombre de frente pensadora,
Yo busco un nuevo camino
Cual una senda humanizadora.

Hernán S. Bertolano.

¡Qué exigente!

¡Ya se extiende como gas rarificado,
a través de todos los Continentes,
ese grito augural del Presente:
viril Protesta de los seres vituperados!

¡Ya la "chusma se erige prepotente"
exigiendo lo que siempre se le ha negado!
Y al ver eso los tipos acomodados,
exclaman: ¡Dios mío! ¿qué quiere esa gente?

¡Pues, sencillamente, quieren lo que es suyo;
lo que por ley natural les pertenecen!
¡Qué exigentes! — dicen ellos — y se extremecen
al oirles gritar: Lo mío será tuyo.

Manuel Fittas.

Los secretos de la confesión

El catolicismo y la prostitución

¿Y qué fin la impulsó a abrazar esa carrera infame, hija mía? preguntaba yo cariñosamente a una joven agraciada y no del todo vulgar, que había empezado su confesión por lo más gordo, como suele decirse.

—Cosas de la vida, señor cura. Yo he sido criada de servir y he resistido las pretensiones de muchos señoritos. Por fin, uno hizo su gusto valiéndose de la fuerza, o poco menos, entrando en mi cuarto de noche, sujetándome y diciendo que si gritaba haría un disparate, que no me creerían, qué sé yo. Esto se repitió, y un día conocí que estaba perdida; le pedí auxilio y se rió de mí; creo que él mismo enteró a la señora, que era su madre, y ésta me arrojó de la casa.

—Que fué Vd. muy débil, es indudable.

—Sí señor, lo fuí; bien caro lo he pagado; pero más débil era aquella misma señora y otras a quienes había servido antes y las que he conocido después; solo que eran ricas, devotas y muy experimentadas en ciertas cosas.

Yo me hallé en la casa de Maternidad y por añadidura contagiada de una enfermedad asquerosa.

—Todo sea por Dios! ¿Qué tal la trataron a Vd. allí?

—Mal, padre, no eran buenos los alimentos; las hermanas monjas, muy orgullosas con su santidad, nos miraban con desprecio, nos reprendían por la menor cosa, y eso que ellas... más vale callar; qué cosas ha sabido una!... Eso sí, hasta el último momento, en que ya no puede una más, le hacen trabajar, coser, barrer, hasta fregar los suelos y servir de criada a las que están allí pagando.

Cuando llega el trance, la asistencia es despiadada; luego el niño inevitablemente va a la Inclusa y la madre a la calle cuando antes. Yo pasé al hospital de San Juan de Dios, donde aprendí mucho malo, y una compañera de sala me aconsejó dedicarme a la vida; ¿qué iba yo hacer?

—¡Desdichada! servir de nuevo, trabajar para su hijo.

—Estaba cansada de servir, tenía curiosidad por conocer una nueva vida, no trabajar, comer bien y vestir mejor. También tenía cierta rabia contra los que se llaman buenos, contra las señoras y los hombres honrados, porque sabía que eran unos farsantes peores que yo, y todos los respetaban. Sea lo que Dios quiera, dije, y acepté.

—¿Cuánto tiempo estuvo Vd. en esa situación?

—Dos años, y la verdad, sin poder acostumbrarme. ¡Qué malo es el mundo!

—Es que usted no ha visto sino lo peor.

—Pero señor, si allí iban condes y marqueses, senadores, abogados, jueces y lo más virtuoso y noble del mundo. Pues, ¿y curas? una multitud. ¡Cómo hablaban allí unos y otros! peor mil veces que los chulos y gente de oficio, y con peores sentimientos y más sucias inclinaciones. ¡Había señorones que hacían unas cosas!

—¿No pudo Vd. hacer algo por salir de aquel estado?

—¿Y cómo? ¿A dónde iba con mi cartilla de mujer mala? Luego, ese embrollo de las deudas, y como el gobierno es cómplice....

—¿También eso?

—Tambien. No hay ama de casa que no cuente con la protección de un título o un diputado, varios jueces o magistrados y mucha gente del ministerio de la Gobernación, desde el empleado más alto hasta el último agente de policía. Si una de ellas dice: se me ha escapado una chica, así como si fuera una mula, pronto la cazarían como una fiera.

—Pero en el derecho vigente, el deudor es respetado.

—Cuando no es mujer de nuestra clase: ¿y de qué sirve el derecho, si los que lo han de hacer cumplir son los primeros cómplices del mal? ¡He visto yo unas cosas! En cambio de tal protección, esos señores disponen de las casas y de nosotras, o cobran buenas gratificaciones; todos comen del sudor de una.

—Esto no lo había oído yo nunca, hija mía.

—Pues he dicho el Evangelio.

—Pero en fin, Vd. salió de allí un día.

—Salí para el hospital por segunda vez, y cuando me hallé convaleciente, una señora de la junta parroquial me persuadió que mudara de vida, que ella se encargaba de arreglarlo todo. Ocho días después ingresaba en el Asilo de Arrepentidas que dirige un señor obispo en un pueblo cercano.

—¡Ah! sí, el obispo de...

—El obispo de la jaula le llamábamos nosotras, aludiendo a la índole de su establecimiento. El tal señor fuerte y

robusto a pesar de su edad, fué misionero allá en no se qué islas muy lejanas. Volvió y engatusó a su señorona rica y buena moza todavía, la cual empleó sus bienes en la fundación de aquella casa; se vistió un hábito, buscó otras beatas, y empezó a molestar a sus relaciones, lo que le valía buen dinero y así pudo fundar varias casas más, porque hoy tiene muchas.

Obispo y señora vivían juntos en la que yo estaba y se daban muy buena vida; nosotras les llamábamos el matrimonio.

—Conozco a ese señor; por cierto que me ha extrañado que no gobierne su diócesis.

—El dice que no quiere ese cuidado, pero se susurra que el Papa es quien no lo consiente por ciertas historias.

—En fin, las trataba a ustedes...

—Infamemente. A los pocos días le daban a una ganas de volverse a la vida airada.

—Acaso la demasiada oración y recogimiento...

—Nada de eso; el hambre, la bazofia escasa y repugnante que nos daban, y el mucho trabajo. Madrugábamos con estrellas, oíamos misa en una capilla fría, y enseguida a trabajar como negras en la huerta, con sol y frío, en la cocina, el lavado o las labores. Por cualquier cosa nos abofeteaban cruelmente las hermanas, la señora, o el mismo obispo.

Dormíamos en camastros y vestíamos muy mal. Muchas no saben leer, pero no se les enseña ni se les da instrucción; solo aquella que manifiesta disposición para las labores, aprende a bordar o a coser, y gana para la casa un buen jornal, trabajando día y noche sin levantar cabeza; y si la levanta, palo o bofetada limpia. Si alguna cae enferma, por causa de la fatiga o porque se le reproducen sus males antiguos, al hospital con ella, pues así se ahorra el médico.

—Parece increíble todo eso.

—Mientras tanto, el matrimonio comía muy bien, habitaba lo mejor de la casa, con su baño, estufa, muy buena cama y todos los regalos. Llovían las limosnas y las visitas, pero nadie se enteraba de la verdad, porque a nadie se enseñaba más que la parte de casa que aparecía pobre y modesta y las chicas menos demacradas y amarillentas. Esas mismas son las que van a las casas con la hermana pedigüeña, o a las mesas de petitorio de las iglesias.

—¿Pero estaban siempre pidiendo esas señoras?

—Siempre; a su partido lo tenían frito, y a toda la aristocracia. El obispo hacía continuos viajes, compraba terrenos, se metía entre albañiles y ajustaba o dirigía él mismo las obras: su capisayo negro estaba a veces lleno de yeso. El ajustaba el bordado y la costura en las casas de sus devotos o en las tiendas, él traía y llevaba las chicas de una casa a otra; en fin, una barahunda del demonio. A veces venían personajes misteriosos, hombres o mujeres y ciertas parejas, o ya eran señoras que pasaban allí una temporada; aquella casa servía para todo. La fundación era un gran negocio hecho a costa de nuestro sudor y nuestras miserias y con pretexto de moralizarnos.

—¿Cómo supo Vd. tantas cosas?

—Porque a las mujeres nada se nos escapa. Además, el matrimonio hablaba en francés delante de las chicas, pero una de ellas lo entendía y me aclaraba muchos misterios; por cierto que cuando yo salí, la pobre quedó en cama de resultas de una paliza.

—¿Pudo Ud. salir con facilidad?

—Me echó la señora porque un día sorprendió al obispo solo conmigo y dispuesto a... todo; ella era celosa, no sin motivo porque cuando se le antojaba a su ilustrísima....

—¡Jesús! ¡Jesús! qué atrocidad.

—Sí señor, y lo mismo hacía en la ciudad cuando socorría a alguna joven (con limosnas ajenas); es de los que obran sin hablar, eso lo he sabido más tarde.

Otra vez me hallé desamparada. Hablé con un sacerdote, y por su influencia entré en las Adoratrices de la villa de M... Nuevo calvario. Allí todo era silencio, oración, horas y horas de rodillas en el duro suelo, ojos bajos, nada de amistad, mucho trabajo, tanto o más que en casa del obispo y mucha hambre.



Ayuno y abstinencia de un pollerudo durante la semana santa. — Pavos, trufas, salsa blanca, oporto, champagne, [illegible] poussé café, etc.

Allí también se nos explotaba, se pedía a todo el mundo y se sacaban cuantiosas limosnas, se tomaba trabajo de casas y comercios a bajo precio, perjudicando a las obreras y se nos empleaba en tareas penosas. Muchas de las chicas enfermaban de tisis; esto se conocía con mirarlas.

—Supongo que no castigarían con golpes.

—No tanto como en la otra casa, pero algo. El trato era menos brutal, mas la hipocresía era refinada y sucedían también casos muy graves.

No todas las acogidas procedían de mi clase. Además de las beatas o verdaderas adoratrices, había algunas jóvenes arrepentidas de haber vivido profanamente, en relaciones culpables o simplemente en devaneos de coquetería; esto dependía de las ideas que sus confesores les habían imbuído; otras eran aspirantes a adoratrices, otras alumnas.

Estas gentes no trataban con nosotras, pero como el diablo hace que todo se sepa, llegaba a nuestra noticia que allí se encerraba a muchas jóvenes contra su voluntad, porque así convenía a sus tutores o familias. A lo mejor se oían lamentos y se notaba turbación en las hermanas, ir y venir con gran premura y deslizarse al oído estas o parecidas palabras: "está ahí un maldito periodista amenazando... va a venir el gobernador".

Sabíamos que a lo mejor traían mujeres recomendadas por obispos o magnates, que secretamente venían a verlas y que se cometían violencias que si fueran conocidas ocasionarían gran escándalo.

—Pero, en fin, allí la virtud no peligraba.

—Según y conforme. Había un capellán muy grosero, el P. Arsenio, alto, colorado, gordo y de facciones toscas; era rencoroso, tan hipócrita como brutal; él nos confesaba y puedo decir a Ud. le oí más indecencias que a la gente de las mancebías, porque se recreaba en hablar siempre de lo mismo, según se decía en voz baja, muchas hermanas le querían más de lo justo, y más de una asilada había tenido que sucumbir a él; y según pude vislumbrar, no a él sólo, sino a algunos señores protectores de la casa. Estas cosas corrían de boca en boca a pesar del espionaje y la delación que allí imperaba, y a pesar del favoritismo que disfrutaban las delatoras y predilectas de las hermanas.

—¿También eso?

Y otras muchas cosas, padre, tanta oración y meditación no evitaba lo más feos vicios entre nosotras y las que no éramos nosotras. Figúrese Vd. lo que yo padecería durante año y medio que pasé en aquella cárcel donde casi todas decían: "mejor se estaba allí fuera" y en realidad, era preferible la mala vida a aquella prisión hipócrita donde no había cariño ni tolerancia, ni se compadecía al enfermo, ni se lloraba al muerto.

Muchas se salieron para volver al "mundo", como allí decían, aunque después supe que las hermanas lo mismo entendían con esta frase de abominación la vuelta al vicio que el estado honesto o el matrimonio: para ellas no había salvación más que estando en aquella casa.

—¿Quién la sacó a Ud. de ella?

—La desesperación y la casualidad. Salí, no sin gran dificultad, dispuesta a todo; ya no podía más, y creo que si continúo allí muero muy pronto. Ya fuera, una buena mujer a quien conocí cuando era honrada, me ha recogido y me tiene en la casa como una hija; ahora empiezo a vivir y saber lo que vale la honradez y el trabajo con libertad y sin hipocresía.

Dejando a un lado las amonestaciones que dirigí a esta infeliz para afirmarla en su buen propósito, ¿no es verdad que son menguados los recursos que emplea el catolicismo para volver al buen camino las almas extraviadas?

Pues en Dios y en mi ánima juro que, siendo tan malos que hacen amable el vicio y sus errores, es lo cierto que no cuenta con otros mejores.

Constancio Miralta (presbítero).

Coles y joyas

Advirtió un hortelano que le robaban coles del huerto y se puso en acecho una noche.

A la hora de estar apostado vió saltar la tapia a un hombre con un saco vacío.

Calló por si se acercaba y lo reconocía, y quedó sorprendido al observar que arrancaba una col, quitaba de ella la primeras hojas, que metía en el saco, y devoraba el resto.

Comprendiendo que el hambre y no el deseo de robar había llevado a la huerta a aquel desgraciado, le dejó coger unas cuantas coles sin decirle palabra; es más, ni siquiera quiso que advirtiese su presencia: había reconocido en él a un vecino del pueblo, padre de cinco hijos, todos pequeños.

Al día siguiente contó a un amigo suyo lo ocurrido.

—Pues a mí también me han llevado coles del huerto mío — contestóle. — Indudablemente será el mismo.

Ambos fueron a casa del vecino, y le dijeron que estaban enterados de sus fechorías nocturnas.

Nuestro hombre empezó a llorar como un niño, les pidió perdón, les demostró que hacía semanas que no entraba el pan en su casa, y que todo su alimento consistía en las coles, cogidas unas noches en el huerto de uno, otra en la del otro.

Apiadados de tan desgraciada situación, le socorrieron con pan para toda una semana y le autorizaron para que, de día, cogiese de sus huertos lo que le hiciera falta para el sostén de su familia.

No sé qué sería de nosotros si noticias tan horribles no fueran compensadas por otras tan consoladoras como la consagración en Valencia del nuevo Obispo de Menorca, delante de los de Orihuela, Segorbe, Mallorca y Coria presididos por el Arzobispo Sancha, y en la cual se llegó a la apoteosis del lujo en ceremonias religiosas, banquetes y regalos; éstos solos ascendieron a muchos miles de duros.

Si al infeliz de las coles le dijeran esos obispos que Cristo era amigo de los pobres y había venido al mundo para redimirnos a todos, es probable que les contestara:

"Para mí es un amigo del corte de los de Benito; y como redentor nada tengo que agradecerle tampoco. Eso allá ustedes".

BROMA A UNA BEATA

Cuando yo era joven e imberbe, hice junto con otros amigos farristas, un simulacro de parto.

Al efecto. Me puse en cama bien arreglado y dispuesto como una verdadera parturienta, y uno de dichos amigos fué en busca de una partera muy fanática, que recientemente se había recibido.

Al llegar ésta a mi habitación y mirarme a la cara, yo lancé un lastimoso quejido de supuesto dolor agudísimo.

Ella, entonces, introdujo su mano por debajo de la sábana para examinarme, y exclamó de este modo, algo turbada:

¡Dios santo, qué estreno! Este parto se presenta mal, según estoy tocando; pues la criatura tiene tan sólo una piernita afuera y acalambrada, junto con las dos rodillitas que están muy apegadas.

Y aquí estalló la risa de los amigos, haciendo coro con la mía.

La beata se dió cuenta inmediata y salió disparada, haciéndose cruces.

R. Trull.

GRITOS REBELDES

A tí pueblo que sufres y callas
en silencio esta trágica odisea,
te incito a tomar parte en la pelea,
a morir o vencer en la batalla!

José Scalise

Tú que incitas al pueblo a la pelea
si ese pueblo en realidad despierta,
yo seré la primera en alentarlos
y con él luchar en la revuelta!

Lucila Vargas

Y aunque me halle debajo de la tumba
yo siempre he de gritar ¡muera el tirano!
y mientras esa casta no sucumba
jamás la pluma dejará mi mano.

José Rotundo

Yo quisiera convertirme en cóndor
y una vez elevada a las alturas,
escupir en la faz de los tiranos
todas las iras de mi alma pura.

Josefa Aguilera



¡Horror! ¡Cómo te han dejado el escracho! ¡Parece que has hecho una cosa muy chancha!

EL PEQUEÑO ESCRIBIENTE FLORENTINO

CUENTO

Estaba en la cuarta clase elemental. Era un gracioso florentino de doce años, de cabellos rubios y tez blanca, hijo mayor de cierto empleado de ferrocarriles, que, teniendo mucha familia y poco sueldo, vivía con suma estrechez. Su padre lo quería mucho, y era bueno e indulgente con él; indulgente en todo menos en lo que se refería a la escuela: en esto era muy exigente y se revestía de bastante severidad, porque el hijo debía ponerse pronto en disposición de obtener otro empleo para ayudar a sostener a la familia; y para valer algo pronto, necesitaba trabajar mucho en poco tiempo; y aunque el muchacho era aplicado, el padre le exhortaba siempre a estudiar. Era ya de edad avanzada el padre, y el excesivo trabajo le había también envejecido prematuramente. Con efecto, para proveer a las necesidades de la familia, además del mucho trabajo que tenía en su destino, se buscaba a la vez aquí y allá trabajos extraordinarios de copista, y se pasaba sin descansar en su mesa buena parte de la noche. Ultimamente, de cierta casa editorial que publicaba libros y periódicos, había recibido el encargo de escribir en las fajas el nombre y la dirección de los subscriptores, y ganaba tres liras por cada quinientas de aquellas tirillas de papel, escritas en caracteres irregulares. Pero esta tarea le cansaba, y se lamentaba de ello a menudo con la familia a la hora de comer. — Estoy perdiendo la vista — decía; — esta ocupación de noche acaba conmigo. — El hijo le dijo un día: — Papá, déjame en tu lugar; tú sabes que escribo regular, tanto como tú. — Pero el padre respondió: — No, hijo, no; tú debes estudiar; tu escuela es cosa mucho más importante que mis fajas; tendría remordimiento si te privara del estudio una hora; lo agradezco, pero no quiero; y no me hables más de ello.

El hijo sabía que con su padre era inútil insistir en aquellas cosas, y no insistió. Pero he aquí lo que hizo. Sabía que a las doce en punto dejaba su padre de escribir y salía del despacho para la alcoba. Alguna vez lo había oído: en cuanto el reloj daba las doce, sentía inmediatamente el ruido de la silla que se movía y el lento paso de su padre. Una noche esperó a que estuviese ya en cama, se vistió sin hacer ruido, anduvo a tientas por el cuarto, encendió el quinqué de petróleo, se sentó en la mesa del despacho, donde había un montón de fajas blancas y la indicación de las señas de los subscriptores, y empezó a escribir, imitando todo lo que pudo la letra de su padre. Y escribía contento, con gusto, aunque con miedo; las fajas escritas aumentaban, y de vez en cuando dejaba la pluma para frotarse las manos: después continuaba con más alegría, atento el oído y sonriente. Escribió ciento sesenta: ¡cerca de una lira! Entonces paró; dejó la pluma donde estaba, apagó la luz y se volvió a la cama de puntillas.

Aquel día, a las doce, el padre se sentó a la mesa de buen humor. No había advertido nada. Hacía aquel trabajo mecánicamente, contando las horas, pensando en otra cosa, y no contando las fajas hasta el día siguiente. Sentados a la mesa con buen humor, y poniendo la mano en el hombro de su hijo: —¡Eh, Julio —le dijo— mira qué buen trabajador es tu padre! En dos horas ha trabajado anoche un tercio más de lo que acostumbra. La mano aun está ágil, y los ojos cumplen todavía con su deber. — Julio, contento, mudo, decía entre sí — ¡Pobre padre! Además de la ganancia, le he proporcionado también esta satisfacción: la de creerse rejuvenecido. ¡Animo, pues!

Alentado con el éxito, la noche siguiente, en cuanto dieron las doce, se levantó otra vez y se puso a trabajar. Y lo mismo siguió haciendo varias noches. Su padre seguía también sin advertir nada. Sólo una vez, cenando, se le ocurrió esta observación: —¡Es raro: cuánto petróleo se gasta en esta casa de algún tiempo a esta parte!— Julio se estremeció; pero la conversación no pasó de allí, y el trabajo nocturno siguió adelante.



Un fraile enseñando la doctrina del padre Astete. Tenéis que creer en los dogmas de la religión católica, sin averiguar sus fundamentos, porque os exponéis a ir al infierno.

Lo que ocurrió fué que, interrumpiéndose así el sueño todas las noches, Julio no descansaba bastante; por la mañana se levantaba rendido aún y por la noche, al estudiar, le costaba trabajo tener los ojos abiertos. Una noche, por la primera vez en su vida, se quedó dormido sobre los apuntes. — ¡Vamos, vamos! —le gritó su padre dando una palmada. — ¡Al trabajo! — Se asustó y volvió a ponerse a estudiar. Pero la noche y los días siguientes continuaba la cosa lo mismo, y aún peor: daba cabezadas sobre los libros, se despertaba más tarde de lo acostumbrado; estudiaba las lecciones con violencia, y parecía que le disgustaba el estudio. Su padre empezó a observarlo; después se preocupó de ello y, al fin, tuvo que reprenderle. Nunca lo había tenido que hacer por esta causa. Julio — le dijo una mañana— tú te descuidas mucho, no eres ya el de otras veces. No quiero esto. Todas las esperanzas de la familia se cifraban en ti. Estoy muy descontento. ¿Comprendes?— A este único regaño, el verdaderamente severo que había recibido, el muchacho se turbó. —Sí, cierto murmuró entre dientes: así no se puede continuar; es menester que el engaño concluya.. Pero la noche del mismo día en la comida, exclamó con alegría su padre: — ¡Sabed que este mes he ganado con las fajas treinta y dos liras más que el mes pasado! — Y diciendo esto, sacó a la mesa un cartucho de dulces que había comprado para celebrar con sus hijos la ganancia extraordinaria, que todos acogieron con júbilo. Entonces Julio cobró ánimo y pensó para sí: — ¡No, pobre padre, no cesaré de engañarte; haré mayores esfuerzos para estudiar mucho de día; pero continuaré trabajando de noche para ti y para todos los demás. — Y añadió el padre: — ¡Treinta y dos liras!... Estoy contento... Pero hay otra cosa — y señaló a Julio — que me disgusta. — Y Julio recibió la reconvención en silencio, conteniendo dos lágrimas que querían salir, pero sintiendo al mismo tiempo en el corazón cierta dulzura. Y siguió trabajando con ahinco; pero acumulándose un trabajo a otro, le era cada vez más difícil resistir. La cosa duró así dos meses. El padre continuaba reprendiendo al muchacho, y mirándole cada vez más enojado. Un día fué a preguntar por él al maestro, y éste le dijo: — Sí, cumple, porque tiene buena inteligencia; pero no está tan aplicado como antes. Se duerme, bosteza, está distraído, sus apuntes los hace cortos, de prisa, con mala letra. El podría hacer más, pero mucho más. — Aquella noche el padre llamó al hijo aparte y le hizo reconvenciones más severas que las que hasta ahora le había hecho. — Julio, tú ves que yo trabajo, que yo gasto mi vida para la familia. Tú no me secundas, tú no tienes lástima de mí, ni de tus hermanos, ni aun de tu madre. — ¡Ah, no, no diga usted eso, padre mío! — gritó el hijo ahogado en llanto, y abrió la boca para confesarlo todo. Pero su padre le interrumpió, diciendo: — Tú conoces las condiciones de la familia: sabes que hay necesidad de hacer mucho, de sacrificarnos todos. Yo mismo debía doblar mi trabajo. Yo contaba estos meses últimos con una gratificación de cien liras en el ferrocarril, y he sabido esta mañana que ya no la tendré.— Ante esta noticia Julio retuvo en seguida la confesión que estaba para escaparse de sus labios y se dijo resueltamente a sí mismo: — No, padre mío, no te diré nada; guardaré el secreto para poder trabajar por ti; del dolor que te causo te recompenso de este modo; en la escuela estudiaré siempre lo bastante para salir del paso; lo que importa es ayudar para ganar la vida y aligerarte de la ocupación que te mata. — Siguió adelante, transcurrieron otros dos meses de tarea nocturna y de pereza de día, de esfuerzos desesperados del hijo y de amargas reflexiones del padre. Pero lo peor era que éste se iba enfriando poco a poco con el niño, y no le hablaba sino raras veces, como si fuera un hijo desnaturalizado del que nada hubiese que esperar, y casi huía de encontrar su mirada. Julio lo advertía, sufría en silencio, y cuando su padre volvía la espalda, le mandaba un beso furtivamente, volviendo la cara con sentimiento de ternura compasiva y triste; mientras tanto, el dolor y la fatiga lo demacraban y le hacía perder el color, obligándole a descuidarse cada vez más en sus estudios. Comprendía perfectamente que todo concluiría en un momento, la noche que dijera: —Hoy no me levanto;— pero al dar las doce, en el instante en que debía confirmar enérgicamente su propósito, sentía remordimiento, le parecía que, quedándose en la cama, faltaba a su deber, que robaba una lira a su padre y a su familia; y se levantaba pensando que cualquier noche que su padre se despertaba y lo sorprendiera, o que por casualidad se enterara contando las fajas dos veces, entonces terminaría naturalmente todo, sin un acto de su voluntad, para el cual no se sentía con ánimos. Y así continuó la cosa.

Pero una tarde, en la comida, el padre pronunció una palabra que fué decisiva para él. Su madre lo miró, y pareciéndole que estaba más echado a perder y más pálido que de costumbre, le dijo: — Julio, tú estás malo. — Y después, volviéndose con ansiedad al padre: — Julio está malo: ¡mira qué pálido está! Julio mío, ¿qué tienes — El padre lo miró de reojo, y dijo: — La mala conciencia hace que tenga mala salud. No estaba así cuando era estudiante aplicado y cariñoso. — ¡Pero está malo! — exclamó la mamá.— ¡Ya no me importa! — respondió el padre.

Aquella palabra le hizo el efecto de una puñalada en el corazón al pobre muchacho. ¡Ah! Ya no le importaba su salud a su padre, que en otro tiempo temblaba de oirlo toser solamente. Ya no le quería, pues: había muerto en el corazón de su padre. — ¡Ah, no, padre mío! — dijo entre sí con el corazón angustiado; — ahora acaba esto de veras; no puedo vivir sin tu cariño, lo quiero todo; todo te lo diré, no te engañaré más y estudiaré como antes, suceda lo que suceda, para que tú vuelvas a quererme, padre mío. ¡Oh, estoy decidido en mi resolución!

Sin embargo, aquella noche se levantó todavía, más bien por fuerza de la costumbre que por otra causa, y cuando se levantó quiso ir a saludar, a volver a ver por algunos minutos, en el silencio de la noche, por última vez, aquel cuarto donde había trabajado tanto secretamente, con el corazón lleno de satisfacción y de ternura. Y cuando se volvió a encontrar en la mesa con la luz encendida, y vió aquellas fajas blancas sobre las cuales no iba ya a escribir más aquellos nombres de ciudades y de personas que se sabía de memoria, le entró una gran tristeza e involuntariamente cogió la pluma para reanudar el trabajo acostumbrado. Pero al extender la mano tocó un libro, y éste se cayó. Se quedó helado. Si su padre se despertaba... cierto que no le habría sorprendido cometiendo ninguna mala acción, y que él mismo había decidido contárselo todo; sin embargo... el oir acercarse aquellos pasos en la obscuridad, el ser sorprendido a aquella hora con aquel silencio, el que su madre se hubiese despertado y asustado, el pensar que por lo pronto su padre hubiera experimentado una humillación en su presencia, descubriéndolo todo... Todo esto casi le aterraba. Aguzó el oído, suspendiendo la respiración... No oyó nada. Escuchó por la cerradura de la puerta que tenía detrás: nada. Toda la casa dormía. Su padre no había oído. Se tranquilizó y volvió a escribir. Las fajas se amotonaban unas sobre otras. Oyó el paso candencioso de la guardia municipal en la desierta calle; luego, ruido de carruajes, que cesó al cabo de un rato; después, pasado algún tiempo, el rumor de una fila de carros que pasaron lentamente; más tarde silencio profundo, interrumpido de vez en cuando por el ladrido de algún perro. Y siguió escribiendo. Entretanto, su padre estaba detrás de él; se había levantado cuando se cayó el libro, y esperó buen rato: el ruido de los carros había cubierto el rumor de sus pasos y el ligero chirrido de las hojas de la puerta, y estaba allí, con su blanca cabeza sobre la negra cabecita de Julio. Había visto correr la pluma sobre las fajas, y en un momento todo lo había olvidado: lo había recordado y comprendido todo, y un arrepentimiento desesperado, una ternura inmensa había invadido su alma, y lo tenía clavado allí, detrás de su hijo. De repente dió Julio un grito agudísimo; dos brazos convulsos le habían cogido por la cabeza. — ¡Oh, padre mío perdóname! — gritó, reconociendo a su padre llorando. — ¡Perdóname tú a mí! — respondió el padre sollozando y cubriendo su frente de besos. — Lo he comprendido todo, todo lo sé: yo soy quien te pido perdón, criatura mía. ¡Ven, ven conmigo! — Y le empujó, más bien que le llevó, a la cama de su madre, despierta, y arrojándolo entre sus brazos, le dijo: — ¡Besa a nuestro hijo, que desde hace tres meses no duerme y trabaja por mí, y yo he contristado su corazón mientras él nos ganaba el pan! — La madre lo recogió y lo apretó contra su pecho, sin poder articular una palabra; después dijo: — A dormir en seguida, hijo mío; ve a dormir y a descansar. Llévalo a la cama!... El padre le cogió en brazos, lo llevó a su cuarto, lo metió en la cama, siempre jadeante y acariciándolo, y le arregló las almohadas y la colcha. — Gracias, padre — repetía el hijo — gracias; pero

ahora vete tú a la cama; ya estoy contento; vete a la cama, papá. Pero su padre quería verlo dormido, y sentado a la cabecera de su cama, le tomó la mano y dijo: — ¡Duerme, duerme, hijo mío! — Y Julio, rendido, se durmió por fin, y durmió muchas horas, gozando por primera vez, después de muchos meses, de un sueño tranquilo, alegrado por rientes ensueños; y cuando abrió los ojos, después de un buen rato de alumbrar ya el sol, sintió primero y vió después cerca de su pecho, apoyada sobre la orilla de la cama, la blanca cabeza de su padre, que había pasado así la noche, y dormía aún, con la frente reclinada al lado de su corazón.

Edmundo De Amicis

Carta de fraile

Se me envía una carta escrita en papel que lleva este sello: Convento de "Padres Carmelitas".

La copio tal como está, sin quitarle ni añadirle punto ni coma:

-|-

J M J

Córdoba 19 de Nobiembre 1909

Mis queridos padres y hermanos deseo que al resibo de esta se encuentren Vs. buenos yo sigo muy buen y contetícimo grasias a Dios.

Resebí la suya la cual beo estay sin novedad de lo que me alegro mucho de lo que me dicen que se han enterado por barios compañeros nuestros que no escribo desegida por darme fatiga desilo al P. Prior pues no es por eso ni mucho menos sino por esta tan bien y tan contento y por eso me descuido en escribi pues Vs. sabiendo que estoy bien no debiay de tener tanto hapuro pues lo mismo tiene saber de mi dentro de un me que dentro de dos por que para que sirbe tanto escribir tan bien le igo que nunca de biay de haberse metido en mandarme sellos pues eso no le a sentado nada de bien a los Pares porque gracia a Dios no necesitaba los sellos porque ha quí todos los días salen una barbaridad de cartas y hay sellos de sobra en la otra deciay que si necitaba hargo pues le digo que por aber estado en el nobiciao no necesito nada por que halli me han dado ropa pues de esa me llebe tres nudas como Vs saben y tengo cinco con que por ahora de ropa blanca no necesito lo que ncesito es un na baga de hafeitar y una brolla que eso no melo pode y mandar. tocante a Miguel le digo que me alegro mucho que pa sepa escribir dios quiera y nuestra Santísima madre del Carmen un goben birtuoso y muy bueno no saben Vs lo que yo mealegro de eso a Juan que tanbien mediga hargo y que tan bien sea muy bueno y tanbien que sehan muy buenos para Vs y que no hos agan pasar malos ratos sin mas por hoy muchos recuerdos a la marqueza que ahun que estoy de hemano pido mucho por hella y a todas las monjas de la Encanación en particular a la madre Priora a Pepe Huertas y a Don Joaquín y su hermana Carmen y a todos los que pregunten por mi y Vs queridos padres y hemanos reciben el cariño de su hijo que los quiere y no los horvida que lo es

Fray Angelo Barrientos.

No habrán visto nunca mis lectores sarta mayor de disparates. ¡Qué ortografía, qué sintaxis, cuántas necedades y qué espíritu de abyección y servilismo! ¡Vaya un zambombo que está el firmante de la carta!

Pues bien; con animales de esa especie nutre sus filas la frailería; ante imbéciles de esa estofa se postran los católicos. ¡Qué degradación!

Los que en Birmania adoran los elefantes, tienen siquiera la disculpa de que se arrodillan ante un animal inteligente.

Mas... ¡Cielos!... ¿Qué olor es éste?... ¡Yo me asfixio!... ¡Aire, aire!... Abrid las ventanas... ¿Si se habrá roto la alcantarilla? ¡Uf, qué asco!

¡Nada; no desaparece! ¿Qué será?... Pero ¡ah!... Ya caigo... Es que acabo de tocar la carta de ese animal sagrado... Voy corriendo a lavarme las manos con jabón, lejía, arena y sublimado corrosivo... Porque no pueden ustedes figurarse lo sucia y asquerosa que ha llegado a mí la dichosa cartita...

Celia Margarita Thompson



Juan — No pases tan seguido por casa, pareces perro alsao y la gente te va a manyar, en tal caso sacate la ropa de fraile y metete la del sacristán.



Esto os ofrece el Obispo con tal que cedéis al pedido que os ha hecho!

EL CLARIN

Para "El Peludo"

Suena el clarín proletario
Como anuncio de la Tierra
Incitando al pueblo a la guerra
Contra el déspota Estrafalario.

Al grito de los clarines
Se alzan los proletarios corazones
y cual bellos serafines
se ven a las mujeres en las rebeliones.

Suenan, suenan los clarines
Como anatema a los tiranos
y los proletarios se dan las manos
Para eliminar a sus Caínes.

Ya por el lejano oriente
Brilla la nueva aurora
En que la gente productora
Ya solo tiene un dilema: o la victoria,
o la muerte.

Brilla ya el sol del nuevo día
Sobre el mundo de la impiedad
Es la gloriosa madre Anarquía
Que viene gritando: ¡libertad, libertad!

Como un huracán barrerá el cinismo
y a la canalla del clericalismo
¡A las armas proletarios!
Por el anárquico y libre Comunismo.

Joaquín Domínguez.

ACCIDENTE AUTOMOVILIARIO

Salió en auto el cura Pedraza
de noche y sin linternas;
se encontró a Nicolasa
y le cogió las piernas.

DE OTRO.

Dijo el músico Sastoque:
—Voy o tocarte, Pilar.
Y ella exclamó: — No me toque,
pues me prohibió el Padre Roque
que me dejara tocar.

P. B. T.

UNOS GOZAN DEL PLACER
OTROS PAGAN LA CONSECUENCIAS

Había en una aldea, un cura, que con sus grandes hipocresías, y farsa, combinada en tragedia, tenía un cierto dominio sobre esas gentes de poca experiencia, que creen, y siguen creyendo, que un padre cura puede absolverle todos los pecados a un pobre cristo que haya cometido ciertas insignificancias, sin darse cuenta completa que han sido unos engañadores.

Resultando este famoso padre, tener un joven sobrino sacristán.

Lo que más frecuentaban en dicha Iglesia eran del sexo femenino, entre las cuales el reverendo padre, apuntó con sus ojos de gavilán, a una hermosa palomita, y el tiro dió al centro.

Pero el tiempo es testigo de todas buenas obras. Y al resumen de los meses la pobre palomita de las alas rotas principió a sentirse algo mal; principió advertir que había algo de exceso adelante, y entonces reconoció que era obra del espíritu santo.

Siguiendo un tiempo en ese estado, cubriendo el hecho lo más que le fué posible, pero el resultado que hay siempre alguien en actividad y ojos más abiertos que otros, y este dió el alarma a los demás, haciéndole comprender a todos que el dios todopoderoso había hecho su primer milagro.

Así que las cosas iban tomando un cierto qué de importancia, y un pliegue crítico para el panzón; pero estos privilegiados de dios saben muy bien arreglárselas, pensando en la noche como tienen que someter al creído durante el día.

De improviso surgió una gran idea en ese cerebro acuático.

¿Qué mejor prenda para empeñar?

¿No estaba acaso el sobrino?

¿Quién mejor que él podía salvar tan crítica situación? Así fué.

Al amanecer llamó al joven sobrino y terminó diciéndole que le facilitaba el puesto que él ya no podía desempeñar.

Este, medio desdeñado, se rehusó aceptar dicha partida, pero el reverendo con calma y estratagema de un artista consumado en la materia, principió diciéndole que dinero no le faltaría, y en todo estaría él pronto para ayudarlo, y en caso él no aceptara en dicho pedido, lo despidiría en el acto.

El pobre muchacho, que ya le había tomado un cierto qué de cariño a la melodía de esas sonoras campanas, que para él era el encanto, terminó por aceptar lo propuesto, y el reverendo con suaves palabras, le dijo:

—Ya ves hijo mío, no es del todo mala mi propuesta, por lo que tú haces de mi parte, tiene scien días de indulgencia plenaria y las puertas del cielo abiertas; y aún seguiré rogando por tu dicha, si tú sigues siempre mis buenos consejos.

Así todo terminó.

El padre bondadoso no sólo había calmado al público, sino que hizo también una obra de caridad. Siendo el sobrino víctima. Cargando con el fruto del placer del tío.

Después de todo, como ven mis queridos lectores y compañeros, no fué el sobrino del cura toda la víctima, sino la pobre palomita de las alas rotas, que en puesto del pan recibía palos, o la ley del garrote.

M. Federico Castellano.

CANTARES

Cantemos todos cantemos
Con alegría sin par,
Que en todo el orbe resuene
Nuestro grito: "libertad!".
Como libres y conscientes
Todos queremos marchar,
Por las calles y caminos
Gritando: "fraternidad".
Con arrojo y valentía
Procuremos implantar,
La verdadera justicia
Y la más justa igualdad.
Todo el ser que algo produzca
Para conservar la vida,
Debe tener buena casa
Descanso y mejor comida.
Aquel que nada produce
Estando sano y robusto,
La conciencia dice a voces
Que eliminarlo es lo justo.
No nos importa luchar
Ni perder nuestra existencia,
Pues la vida no se mata
Como lo prueba la ciencia.
Hemos sido los que fueron
Duda ninguna nos queda,
Pues mejoremos la vida
Que seremos los que sean.
¡Venid, venid ingresando
Con alegría y placer!,
Juntos iremos luchando
Hasta conseguir el bien.
Sea nuestra guía la ciencia,
Nuestro amor, la libertad,
Y convirtamos la tierra
En la gloria celestial.
Tengamos por patria el mundo
Por bandera la razón,
No creamos las patrañas
De ninguna religión
Abajo las religiones,
Abajo la burguesía,
¡Viva la revolución!
Implantemos la anarquía.
Viva el día memorable
De nuestra sublevación,
Terminemos con coraje
Con la vil explotación.
Este será nuestro lema:
Enterarse todos bien,
Aquel que nada produce
Nada debe de comer.

Es letra de campesino,
No le extrañe director,
Si le agrada la publica
Y si nó, tanto mejor.

Juan Matanza.

AL CURA

Para "El Peludo"

Escúchame, falso cura,
Querido "padre" sin hijos:
Tú que ostentas crucifijos
Y vives en la impostura;
Que predicas la humildad,
(y abusas del humillado):
¿Porqué al mundo has enfermado
Con tu peste clerical?

¿Porqué te has puesto pollera
Y el pantalón arrojaste
Y siempre has de afeitarte
El centro de tu mollera?
Has dejado de ser hombre,
En bufón te has convertido,
Eres, de lo que no hay nombre;
¡Qué poco vales, cochino!...

Ten vergüenza, sal del fango,
No insultes a la Natura
Y ponte los pantalones
Que es tu propia vestidura;
No finjas más, cocodrilo,
Descubre tu falsa faz
Pues,, creo que es hora ya
Que te avergüences, podrido.

Tú, asqueroso y libertino,
Que en nombre de un Dios mentido
Que dices, ser bondadoso
¿Porqué eres el más bandido
Y el monstruo más horroroso?
¿Porqué a la niñez corrompes
Y abusas de su inocencia?
¿Has perdido la conciencia
y la dignidad, leproso?

Tú, que a la verdad sepultas
Y el negro manto nos muestras
Que vives en la indecencia
Violando la honra ajena,
Tú, que eres la gran gangrena
Que asola a la humanidad:
¿Vergüenza, a tí, no te dá,
De ser, tú lo que eres, hiena?...

Tú que vives de limosnas,
Del robo, del crumiraje,
Del crimen, del ignorante
Y eres "padre" de los vicios
Que en todas partes desquicios
Dejas de tu vida ruín:
Dime: ¿De la vergüenza
No queda una chispa en tí?

Tú que eres todo un podrido
Y te arrastras cual reptil,
Llevando el veneno vil
A los hogares tranquilos
Donde dejas el bacilo
De tu religión morbosa
¿Tu conciencia no te acosa
Ni te avergüenzas, bandido?

Tú, ¿qué haces, qué produces?
¿Qué siembras y qué recojes?
¿Cuántas semillas sembraste
Del rico pan que te comes?
¡Nada!... ¡Ya lo sé!... ¡Tú cantas!...
Tú cantas odas al cielo
Y remueves las cenizas
De los que por siempre han muerto.

A costas de los que sufren
Tú vives la vida alegre:
Nunca te sacian los muertos
Que aumenten siempre, tu quieres.
¡Ah! fiera con figura humana,
Cómo aprovechas al tonto!
Con el cuento del responso
Les tiendes tus sucias garras.

Disfruta bien, haragán,
Que una ráfaga de Europa
Pondrá fin a tu asquerosa
Existencia de alacrán;
A esa brisa la estoy viendo
Sacudir a tu sotana
Y envolver en rojas llamas
A tus misteriosos templos.

Misterio.

Nuevo Código Penal de la República Argentina

Capítulo V. - Delitos contra la libertad de la prensa

ART. 161. — Sufrirá prisión de uno a seis meses el que impidiere o estorbase la libre circulación o venta de un libro o periódico. Será castigado con la misma pena el funcionario policial que procediere al secuestro o prohibición de la venta de un libro o periódico sin estar autorizado por Juez competente.

A NUESTROS AGENTES:

La nueva Ley es terminante. Ninguna autoridad policial puede, en lo sucesivo, prohibir la venta de nuestro semanario sin exponerse a una acusación criminal. ¡A vender pues PELUDOS por los cuatro vientos, sin temor de ninguna especie!

Agradecemos a nuestros Agentes, que le envíen a cada comisario de campaña, un ejemplar de EL PELUDO, pues entre ese elemento existen aún montones de brutos e ignorantes, que no saben lo que quiere decir "Ley".

LA QUIACA

Tenemos conocimiento por nuestro corresponsal de La Quiaca, el amigo Miguel Iramain, que la policía local de aquellos desiertos, está compuesta con la peor resaca del bajo fondo social. El granuja con patente de truhán que más se destaca allí es el sargento Burgos, pillo de siete suelas el que debe ser exonerado sin más trámite por ser la discordia de los pocos habitantes que pululan allí.

El Juzgado de Paz de esa región de indios es otro lupanar, donde desde el juez hasta el último cagatintas se venden al mejor postor, y el que no tiene para darles viento, los echan con cajas destempladas. La justicia se hace a base de dinero. Pues amigo, juntensen una veintena de muchachos y con un garrote en la mano, métanle palos sobre palos a toda esa manga de atorrantes y hágalos emigrar a Bolivia.

CANCION MATINAL

(Para acompañar con música de granadas de mano y bombas de dinamita).

Pensad humildes proletarios
En el calvario de hambre y dolor
Que nos imponen esos farsantes
Que sobre el pecho llevan la cruz.

Pensad hermanos y ved las obras
De esos tiranos que aman un dios
Cuyo dios sirve para que surjan
Nuevas cadenas de sumisión.

Cadenas crueles que al noble obrero
Son dirigidas sin compasión.
Por los ministros de templos sacros
Que aullando ritos juran por dios

Ser unos santos inmaculados
Castos eternos ante el amor
Que les inspiran todos los pueblos
Que en el planeta creó su gran dios.

Al que ellos juran que representan
Con los poderes de la creación
En este valle donde se sufre
Hambre, miseria y cruel sumisión.

También nos dicen que por herejes
Somos esclavos de su gran dios
Y que nuestra alma será quemada
Eternamente sin compasión

En los infiernos o el purgatorio
Donde el demonio nos echará
Por ser rebeldes ante ministros
Que representan al gran Jehová.

Y si salvarte quieres obrero
Y tienes hijas, mujer o plata,
Has de entregarla a los ministros
Ellos te indultan y te rescatan

Tu alma pérdida por el pecado
Que hubo llevarte el gran Satán
Ir a los cielos: ellos la mandan:
Tu hogar o tu plata te han de salvar.

Pero el escarnio que ellos cometen
Al ultrajarte tu dulce hogar
Ni dios ni curas no han posibles
Para ese crimen poder saldar.

Curas y Frailes, chusma maldita
Falsos ministros de redención
Con artimaña y desvergüenza
Ofertáis cielo, gloria y perdón.

¡Yo os aborrezco! ¡Yo os escupo!
Yo os detesto por depravados
Sois aves negras, sois sodomitas.
Que en los altares arrodillados

Mendigáis plata por vuestros ritos
Vendiendo bulas y escapularios
Para la recua facinerosa
De sinvergüenzas y desgraciados.

Que desde Roma donde se sienta
El "santo" padre cínico, audaz,
Invade el mundo la orda canalla
Y pregonando gran santidad

Por muchos siglos al ser humano
Lo habéis vejado cobardemente
Lo habéis robado, lo masacrastéis
Millones de hombres aún que inocentes

Con sus hijitos y compañeros
Fueron a la horca y al cadalso
Por el mandato de un maricón
De un cura o un fraile ministro falso.

Que cobijado por las mesnadas
Que organizaron la inquisición
¡Violaron niños! ¡robaron pueblos!
Obra monstruosa en nombre de dios.

José María López Martínez.

POSTER CANTAR OBRERO

Cuando de mañana el alba
Empieza a esclarecer:
Alegre está el obrero
Y se marcha a su taller.

Trabaja alegremente
Fundiéndose en su "dime"
Por qué es de raza genuina
Fuerte, robusto y consciente.

Por atroz que el trabajo fuese
El no piensa, sino un momento:
En sus hijos tan ardientes
Y en su amor tan querido.

Lucha, lucha por la vida
Es su única existencia:
El trabajo es la inocencia
Del ser humano querido.

¡Abajo los falsarios del orbe!...

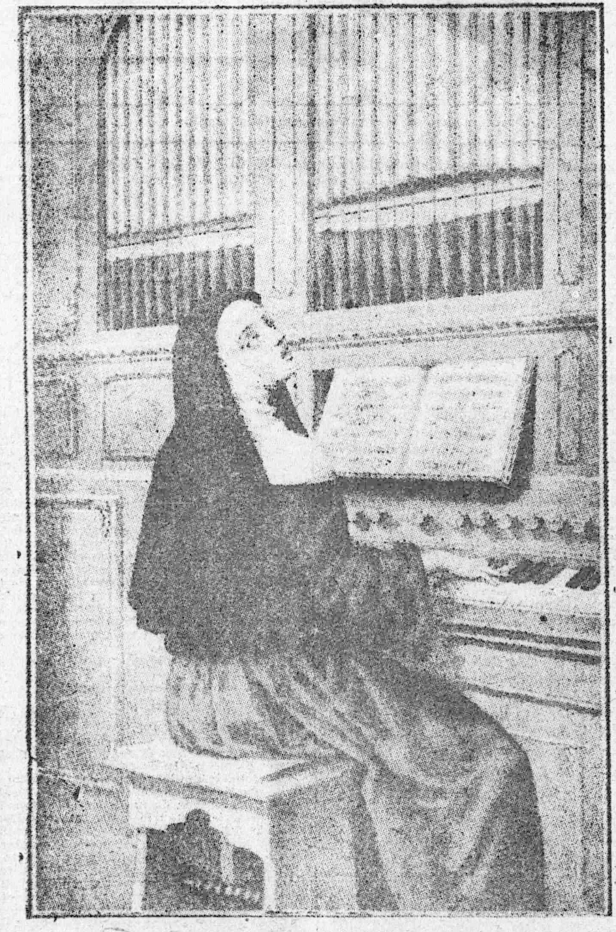
José Baldi.

LAS FATIGAS DEL OBRERO

Obreros que estáis oyendo,
Hijos de vuestras entrañas
Quietaron ese vivvendo
Que vuestros ojos se empañan.
Y fomentar sociedades
Para la emancipación
Y una vez organizados
Con ideales anarquistas
Hacer a esos pillos guerras
Sin llamar los reservistas.

A las cuatro de la mañana
Se ven multitud de obreros
Alejarse de la cama
Y mirar a sus pequeñuelos
Un tierno beso le dan:
Algunos de ellos se ven que lloran
De ver que sus padres se van
Con fatigas y penas
Van a pasar más trabajos
Que paso la Magdalena.

Luis Baena.



Los amores de una santa pecadora — Ejecuta con su mano derecha... un balada amorosa dedicada al Prior del convento de los capuchinos.

EL CURA

¿Quién invoca de los humanos seres la salvación,
y pervierte en la mujer su alma pura,
fomentando en ella el adulterio y la corrupción?
El Cura.
¿Quién, de la tierna niña, impúber e inocente
en la confesión, por medio de diplomática impostura;
obtiene sus primicias: marchita su frente?
El Cura.
¿Quién con sobrada maldad y refinada hipocresía,
lleva a los hogares la tristeza, la desventura,
la discordia, la intriga y la falsía?
El Cura.
¿Quién oculta la verdad, miente a sabiendas,
nunca trabaja y vive en el fausto y la altura,
tiene ocultos negocios y muchas prebendas?
El Cura.
¿Quién defiende el monopolio, bendice la guerra
que lleva al pueblo la desolación, la amargura,
y miles de desgracias que el pensarlo aterra?
El Cura.
¿Quién se opone al progreso, niega la ciencia,
atrofia con sofismas la mente de la humana criatura,
explota la ignorancia del creyente sin clemencia?
El Cura.
¿Quiénes apoyan a estos zánganos traficantes,
van a la iglesia, se postran, "oran" y pagan responsos
para que vivan en gran opulencia estos tunantes?
Algunos pillos y muchos zonzos!

Fernando R. Ortega.

LO QUE CANTA EL CUERVO DE BERISSO

(Música del tango "El Cebollero")

Soy el cuervo más campana
que piso en la población
me arremango la sotana
en un tanguito compadrón.

Soy el cura compadrito
milonguero lindo y bravo
cuando me largo en el tanguito
"Spiantá que viene el cabo".

Soy el tigre de sotana
quien me toca la mollera
mi china es la monja Juana
atorranta y milonguera.
Hay que verme
cuando voy a la milonga
a broncar, para coparme
no hay cafisio que se ponga.
Soy el terror
de las lindas solteritas
le hago un tiro de mi flor
también a las casaditas.

Enrique Ranieri.